



Capilla en la catedral de Burgos

Nació en Baviera el año 973; sucedió a su padre en el gobierno del ducado y, más tarde, fue elegido emperador. Se distinguió por su interés en la reforma de la vida de la Iglesia y en promover la actividad misionera, apoyado por su esposa Cunegunda. Fundó varios obispados y dotó monasterios. Murió el año 1024 y fue canonizado por el papa Eugenio III el año 1146.

Reseña de su actividad

Hallándose al mando de una parte del inmenso imperio de Carlomagno, desorganizado y desunido, hubo de recorrer las provincias del norte para someter a los vasallos rebeldes, el sur para expulsar a un usurpador antes de poderse hacer coronar rey de Italia (de los longobardos) en Pavía por el arzobispo de Milán, y el este contra el príncipe católico de Polonia, Boleslao. A pesar de ello, cuidó los intereses de la Iglesia participando en los sínodos, proveyendo de obispos dignos a las sedes episcopales y favoreciendo a monjes y monasterios, entre ellos a san Odilón de Cluny y al beato Ricardo de Saint-Vanne. En el discurso pronunciado en el primer concilio de 1003 en Thionville (Lorena) reprochó a los obispos su debilidad frente a los matrimonios incestuosos (contraídos incluso en tercer grado de parentesco); y en 1023 apoyó al papa Benedicto VIII en la reforma de la Iglesia con la destitución de los sacerdotes casados, la condena de las simonías en los beneficios y las dignidades eclesiásticas.

A él se le debe la erección de muchas catedrales, la restauración de iglesias deterioradas por los herejes, la fundación de sedes obispales, como la de Bamberg (dedicada a María y a los apóstoles Pedro y Pablo), la restauración del obispado de Merseburgo (1004), la promoción de las reformas monásticas de Gorze y de San Maximino de Tréveris y la conversión del rey de Bohemia (Esteban). Es legendaria la noticia de su solicitud (no aceptada) de entrar en la abadía de Verdún; pero es cierta su amistad con todos los monjes de su tiempo, hasta el punto de reclamar sufragios durante su vida y después de su muerte en compensación de las liberalidades dispensadas a los monasterios, que él consideraba como hogares indispensables de plegaria y de civilización para sus poblaciones.

En aquel siglo de hierro este emperador, que asistiera al paso al segundo milenio, es un ejemplo de celo por Dios y por la Iglesia, pese a las limitaciones de la mentalidad de aquellos turbulentos siglos. En el oficio de lectura se encuentra la carta de erección del obispado de Bamberg, sacada de su *Vida* antigua: en ella afirma que «las saludables enseñanzas de la revelación divina nos instruyen y amonestan a que, dejando de lado los bienes temporales y posponiendo las satisfacciones terrenas, nos preocupemos por alcanzar las mansiones celestiales». También expresa su devoción a la Iglesia en la última donación hecha al monasterio de Fulda. Asimismo la leyenda de la castidad conyugal tiene un fundamento parcial en su negativa a usar el derecho legal de la época, que le permitía repudiar a la esposa estéril. También éste es un signo, aunque secundario, de su virtud, ejercitada en aquel contexto socio-cultural, donde, aun sin brillar por su habilidad táctica y política, manifestó una singular fidelidad y dedicación a su deber de rey, tal como lo percibía su conciencia recta y devota, que le inculcaba el deber de personificar al Sacro Imperio.

(Texto de E.Lodi)

Testimonio de una carta suya

«Enrique, rey por la gracia de Dios, a todos los hijos de la Iglesia, tanto presentes como futuros. Las saludables enseñanzas de la revelación divina nos instruyen y amonestan a que, dejando de lado los bienes temporales y posponiendo las satisfacciones terrenas, nos preocupemos por alcanzar las mansiones celestiales, que han de durar siempre. Porque la gloria presente, mientras se posee, es caduca y vana, a no ser que nos ayude en algún modo a pensar en la eternidad celestial. Pero la misericordia de Dios proveyó en esto una solución al género humano, dándonos la oportunidad de adquirir una porción de la patria celestial al precio de las posesiones humanas. Y así, no queriendo prestar oídos sordos a los preceptos del Señor, sino con el deseo de aceptar con sumisión los consejos divinos, deseamos guardar en el cielo los tesoros que la divina generosidad nos ha otorgado, allí donde los ladrones no horadan ni roban, y donde no los corroen ni la polilla ni la herrumbre, de este modo, al recordar los bienes que vamos allí acumulando en el tiempo presente, nuestro corazón vive ya desde ahora en el cielo por el deseo y el amor.

Queremos, por tanto, que sea conocido de todos los fieles que hemos erigido en sede episcopal aquel lugar heredado de nuestros padres que tiene por nombre Bamberg, para que en dicho lugar se tenga siempre memoria de Nos y de nuestros antecesores, y se inmole continuamente la víctima saludable en provecho de todos los fieles que viven en la verdadera fe».

Oración: Oh Dios, que has llevado a san Enrique, movido por la generosidad de tu gracia, a la contemplación de las cosas eternas desde las preocupaciones del gobierno temporal, concédenos, por sus ruegos, caminar hacia ti con sencillez de corazón en medio de las vicisitudes de este mundo. Por nuestro Señor Jesucristo.